

FANTASMAS DE CAMERÚN*

El 9 de octubre de 2011, el presidente del Camerún, Paul Biya, fue reelegido para un nuevo mandato de siete años entre flagrantes violaciones de las normas electorales. Tenía 79 años y llevaba en el poder desde 1982, cuando le nombró presidente su predecesor, Ahmadou Ahidjo, quien a su vez había gobernado el país desde su independencia en 1960. En cincuenta y dos años, Camerún sólo ha tenido dos presidentes, que han mantenido a este país de diecinueve millones de habitantes bajo su bota. Las elecciones, fraudulentas, sólo son una fachada tras la que se oculta un régimen muy represivo que ha metido en prisión o asesinado a sus adversarios, amordazado a la prensa y robado billones de petrodólares. El balance general es una catástrofe. La corrupción es endémica y afecta desde a los *apparatchiks* del partido en el poder, el Rassemblement Démocratique du Peuple Camerounais (hasta 1990 el único partido legal) hasta a los agentes de tráfico locales. Según el Banco Mundial, el 40 por 100 de la población vive por debajo del umbral de la pobreza, y la esperanza de vida, cifrada en 52 años, está cinco años por debajo de la de Liberia y doce de la de Ghana. En 2011, el Índice de Desarrollo Humano de Camerún lo situaba en el puesto 150 de 187 países inspeccionados por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

El sistema presidido por Biya y Ahidjo se ha basado en la represión brutal de la Unión de las Poblaciones de Camerún, un movimiento nacionalista que empezó a surgir en la posguerra. Las autoridades coloniales francesas habían disuelto a la UPC en 1955, por lo que esta tuvo que pasar a la clandestinidad y emprendió la lucha armada al año siguiente. Entre 1956 y 1971 el ejército francés llevó a cabo una dura campaña de contra-insurgencia contra la UPC y la población civil que la apoyaba, con la ayuda milicias locales a las que había entrenado y armado. Por aquel entonces, París logró que no se difundieran estos acontecimientos, como demuestra el hecho de que el gobierno Pompidou prohibiera la novela del novelista camerunés Mongo Beti, *Main base sur le Cameroun*, en la que denunciaba

* Thomas Deltombe, Manuel Domergue y Jacob Tatsitsa, *Kamerun! Une guerre cachée aux origines de la Françafrique, 1948-1971*, París, La Découverte, 2011, 742 pp.

al régimen de Ahidjo y sus secuaces. Aún hoy, los responsables franceses no reconocen la implicación real de Francia en el conflicto a gran escala que tuvo lugar en Camerún en las décadas de 1950 y 1960. Siguen hablando de levantamientos, enfrentamientos étnicos y, todo lo más, de guerra civil. Si la contrainsurgencia francesa de 1956-1971 es un tema tabú, se debe a que aún está de candente actualidad: el régimen que se creó entonces sigue en el poder.

A posteriori se han reconocido algunos episodios vergonzosos del pasado colonial francés. Por ejemplo, en 2005, el embajador francés en Argelia pidió perdón por las masacres de 1945 en Sétif y Guelma; durante una visita realizada a Madagascar ese mismo año, Jacques Chirac admitió la responsabilidad de Francia en la represión del levantamiento anti-colonial que tuvo lugar allí en 1947. Pero en el caso del Camerún la actitud general ha sido negarlo todo. Cuando visitó la capital del país, Yaundé, en 2009, el entonces primer ministro François Fillon afirmó que la idea de que su país era responsable del asesinato de los nacionalistas cameruneses era «pura invención». Sin embargo, en octubre de 2012, el embajador francés en Yaundé dijo a un entrevistador camerunés de *Le Jour* que «ningún funcionario francés negaría esa tragedia». Esta modificación consciente de las anteriores declaraciones de su gobierno se debe a la publicación de *Kamerun!*, que el embajador calificó de «obra seria», afirmando que sin duda «arroja una luz muy interesante» sobre el tema aunque, en su opinión, aún queda mucho por investigar sobre lo ocurrido durante «esos difíciles años».

Kamerun! es el estudio más exhaustivo sobre el trágico destino de este país realizado hasta hoy. Narra por primera vez toda la transición, desde los tiempos de las autoridades coloniales francesas hasta la vacua independencia bajo el gobierno de Ahidjo. El libro es el resultado de una colaboración de cuatro años entre los periodistas franceses Thomas Deltombe y Manuel Domergue y el historiador camerunés Jacob Tatsitsa. En 2006, Domergue, que trabajaba a la sazón para la revista *Alternatives Economiques*, se sumergió en los archivos franceses mientras Deltombe, editor de *La Découverte* y colaborador habitual de *Le Monde diplomatique*, se trasladaba al Camerún para pasar dos años en el país. Allí conoció a Tatsitsa, un estudiante de doctorado que había estado trabajando en los archivos nacionales (a pesar de la fuerte resistencia de la burocracia), buscando datos sobre la oposición a la opresión colonial francesa en la zona oeste del Camerún. Deltombe y Tatsitsa examinaron cientos de testimonios de testigos y personas que habían participado en los sucesos (hay videos a los que se puede acceder desde la página web del libro) y rebuscaron en los archivos cameruneses a todos los niveles administrativos. El paso del tiempo dificultó mucho su labor: circulaban gran número de historias no verificadas y contradictorias, tanto orales como impresas. Muchos documentos estaban en un estado deplorable y otros se habían convertido literalmente en polvo en los archivos de zonas rurales. Por otro lado, el caos también les permitió hacer algunos hallazgos valiosos y desenterrar algunos documentos secretos sobre la intervención militar francesa y los

esfuerzos por crear una elite local profrancesa. Deltombe, Domergue y Tatsitsa ofrecen un impresionante volumen de material: unas 740 páginas con más de 2.000 notas que contienen de todo, desde informes de la prensa local a correspondencia diplomática, así como testimonios orales que formaban parte de informes oficiales extraídos de archivos privados y públicos de Francia, Camerún y otros lugares: París, Nantes, Aix-en-Provence, Vincennes, Yaundé, Dschang, Bafoussam y Ámsterdam.

Casi todas las obras que trataban este tema tendían a adoptar un marco cronológico más corto; *Radical Nationalism in Cameroon* (1977), por ejemplo, de Richard Joseph, acaba en 1956. A veces los autores se basan en zonas concretas, como Achille Mbembe en *La naissance du maquis dans le Sud-Cameroun, 1920-1960* (1996). Mientras el primer relato se trunca justo en el momento en el que empieza la lucha armada, la panorámica parcial que nos ofrece el otro acaba dando la razón, sin querer, a quienes defienden el punto de vista colonialista que adjudicaba un carácter «tribal» al conflicto. *Kamerun!* carece de esos defectos, cubre todo el territorio del país y dedica la mitad de sus páginas a los sucesos posteriores a 1956. De ahí que constituya un análisis más completo del paso del colonialismo al neocolonialismo. Los autores también dedican su atención al contexto regional e internacional, al impacto de estos sucesos en los estados africanos circundantes, a la metrópolis imperial y al escenario mundial, al destino de las nuevas colonias independientes y a la rivalidad entre los Estados Unidos y la URSS durante la Guerra Fría. El auge y declive del nasserismo y la ruptura sino-soviética también se analizan cuidadosamente.

Este amplio contexto resulta esencial para que el libro cumpla su propósito. La historia oficial de la descolonización francesa del África subsahariana habla de un proceso consensuado y pacífico en el que todas las colonias excepto una (Guinea votó mayoritariamente por la independencia en 1958) decidieron permanecer voluntariamente bajo el paraguas del Hexágono. *Kamerun!* intenta forzar a una drástica revisión de estos relatos. Al narrar la sangrienta represión del movimiento nacionalista camerunés y desenmascarar a una elite totalmente dependiente de la potencia colonial, el libro revela cómo Camerún mismo fue un laboratorio para el neocolonialismo francés: el sistema denominado *Françafrique*, que mantiene a la mayor parte de su antiguo imperio en una red de dependencia política, económica y militar de la antigua metrópolis.

El triste papel de pionero que le ha tocado en suerte a Camerún deriva en parte del estatus excepcional del que gozaba en el seno del Imperio francés. Los primeros europeos que llegaron a la zona en el siglo xv iban en busca de esclavos. Los portugueses lo denominaron Río dos Camarões (Río de los Camarones), nombre que con el tiempo se convirtió en Camerún. Pero ningún poder extranjero se había establecido allí hasta que, en 1884, Alemania convenció a los jefes tribales de la costa de Douala para que aceptaran el estatus de «protectorado». Berlín extendió rápidamente su control hacia el interior. El *Schutzgebiet* del Camerún llegó a comprender

un área de unos 518.000 kilómetros cuadrados habitados por todo un mosaico de pueblos que hablaban más de 250 lenguas diferentes. La sabana del norte estaba habitada, sobre todo, por tribus nómadas de pastores musulmanes, mientras que en el territorio del sur, más exuberante, vivían cristianos y agricultores animistas.

El gobierno de Berlín se basó en una combinación de sobornos a los jefes tribales y una dura labor de explotación. Todo eso se acabó tras la Primera Guerra Mundial, cuando franceses y británicos invadieron conjuntamente el Camerún en 1914. Tras tomar Yaundé en 1916, ambas potencias se repartieron el país en una proporción de 85 a 15. Francia recibió la porción más grande del pastel, mientras que Gran Bretaña se quedó con una franja de su parte occidental, la que limita con Nigeria. Tras la derrota final de Alemania, ambas partes del Camerún se convirtieron en un Mandato de la Liga de las Naciones (1922). Se mantuvieron muchas de las peores prácticas del colonialismo alemán, como el uso de mano de obra forzada en las plantaciones de cacao, plátanos y caucho, o el hecho de que se dejara a los jefes tribales recaudar los impuestos. Pero el Mandato dio lugar a una experiencia crucial: la posibilidad de comparar colonialismos. En un periodo de tiempo relativamente corto, la población había experimentado los efectos del colonialismo alemán, francés y británico y podía compararlos. Se llegó a la conclusión de que los franceses dejaban mucho que desear, sobre todo en el terreno de las infraestructuras y la educación. No eran las autoridades coloniales las que se ocupaban de este último aspecto, sino misioneros católicos, protestantes, baptistas y presbiterianos. Los cameruneses también comprendieron que el gobierno imperial no era duradero. Si los colonizadores eran intercambiables, ¿por qué no renunciar a todos ellos y crear un gobierno democrático y soberano?

Kamerun! se divide en cuatro partes. Empieza en 1940, cuando el país se convierte en una base estratégica para la Francia Libre en África. En 1944, a las puertas de la victoria en Europa, la administración colonial relajó las restricciones a los sindicatos. En Camerún se crearon algunos sindicatos, sobre todo en Douala, que se estaba urbanizando rápidamente. Los militantes de la CGT de la metrópolis y el Partido Comunista Francés desempeñaron un papel activo por entonces, dotando al movimiento sindicalista de un fuerte carácter anticolonial desde sus inicios. La Union des Syndicats Confédérés du Cameroun, creada en 1944, fue el germen de los movimientos políticos nacionalistas que empezaban a surgir. Todo culminó en la fundación de la Unión de las Poblaciones del Camerún (Union des populations du Cameroun), en abril de 1948 (sus fundadores rechazaron tanto el plural, *peuples* [pueblos], incompatible con el ideal de una nación unitaria, como el singular *peuple*, que daba por supuesta una unidad inexistente aún).

La UPC exigía que se aplicaran los términos del Fideicomiso de las Naciones Unidas impuesto al Camerún después de la guerra. Tras la disolución de la Sociedad de Naciones, la Organización de las Naciones Unidas se

hizo cargo de sus mandatos. Aunque Londres y París siguieran ejerciendo el poder *de facto*, según el capítulo XII, artículo 76 de la Carta de las Naciones Unidas, esta organización debía velar por el «desarrollo gradual hacia el autogobierno o la independencia» de los territorios en cuestión. La UPC se alió con grupos del Camerún británico y pidió la reunificación de los territorios repartidos entre Francia y Gran Bretaña. Recurrieron a la ortografía alemana de Kamerun, palabra que utilizaron a modo de eslogan para recordar a todos que exigían la soberanía de los territorios unificados.

La UPC obtuvo un amplio apoyo popular en poco tiempo y el número de sus miembros se incrementó significativamente: en 1951 decía contar con 20.000 miembros distribuidos en 150 comités locales. Parte de este éxito se debía a su interés por los aspectos socioeconómicos. Se opusieron a que se despojara de sus tierras a los campesinos de la fértil región de Bamileké, en el sudoeste, y organizaron revueltas para reivindicar el derecho de los cameruneses a cultivar café. Sin embargo, las estructuras de autoridad tradicionales no estaban dispuestas a aceptar sus exigencias: los jefes del sur y los sultanes y *lamibe* del norte defendían a las potencias coloniales y despreciaban a la UPC, a la que consideraban un partido de «hombres inferiores». De manera que la UPC tomó partido por los campesinos contra los jefes tribales «feudales», lo mismo que hiciera el Partido de la Convención del Pueblo (Convention People's Party) de Nkrumah en Ghana. En cambio, el Parti Démocratique de la Côte d'Ivoire, encabezado por Félix Houphouët-Boigny, estaba en manos de la burguesía emergente de Costa de Marfil. Lo que explica las trayectorias divergentes entre el PDCI y la UPC, ambos miembros del Rassemblement Démocratique Africain (federación de partidos francófonos), son sus diferencias en el aspecto social. En 1950, François Mitterrand, entonces ministro de las Colonias de Francia, convenció al RDA para que diera un giro anticomunista de 180 grados. La UPC se opuso y mantuvo sus vínculos con el Partido Comunista de Francia, mientras Houphouët-Boigny se convertía en un aliado devoto de París; de hecho, fue él quien acuñó el término *Françafrique*.

Sin embargo, gran parte de la expansión de la UPC se debió al dinamismo y carisma de su secretario general, Ruben Um Nyobè. Nacido en 1913 en la región costera de Sanaga-Maritime, en el seno de una modesta familia campesina de Bassa, Um Nyobè fue educado en una misión presbiteriana y obtuvo trabajo como administrativo en la administración colonial. Entró en el mundo de la política como activista en Jeucafra, una organización juvenil camerunesa creada por las autoridades francesas en 1938 para generar sentimientos progalos y antigermanos. A mediados de la década de 1940 se unió a los círculos de estudio marxistas organizados por militantes del PCF y, más tarde, al movimiento sindical. Deltombe, Domergue y Tatsitsa lo describen como un «políglota notable»; hablaba bassa, ewondo, bulu, pidgin y francés. Viajaba incansablemente por todo el país, «de pueblo en pueblo, en tren, a pie o en camión», intentando convencer a sus compatriotas «no con feroces diatribas, sino gracias a la fuerza de argumentos razonados, basados en el derecho y en ejemplos concretos de la vida cotidiana».

Se convirtió en una figura muy respetada, conocido por el nombre de *Mpodol*: el portavoz. Hasta sus enemigos reconocían «su honestidad y rigor moral». Los informes de la policía lo describen como «un político que ve lejos y claro», «un hombre de mérito». Sin embargo, las autoridades públicas le calificaban de «extremista» y afirmaban que se había entrenado tras la «cortina de acero». En París se le comparaba a Ho Chi Minh o Mao, aunque lo cierto es que se negó a convertirse en el Houphouët-Boigny del Camerún en todo momento.

Um Nyobè siempre argumentó en contra de la violencia; afirmaba que recurrir a ella sería contraproducente y que tanto el derecho internacional como el francés estaban de parte del Camerún. Solía escribir respetuosamente a la administración colonial, señalando que las limitaciones impuestas al derecho de reunión atentaban «contra el ideal de la Unión Francesa» (al menos hasta 1953 la UPC terminaba sus reuniones con sus miembros entonando la *Marsellesa*) y recordándoles que el Fideicomiso les imponía ciertas responsabilidades. Consideraba, sin embargo, que su principal interlocutor era la Organización de las Naciones Unidas. El Consejo de Administración Fiduciaria enviaba inspectores cada pocos años a los territorios administrados, pero a las autoridades coloniales les costaba poco convencerles de que aprobaran su mandato. Francia seleccionaba cuidadosamente a los representantes cameruneses de las colonias enviados a las reuniones del Consejo en Nueva York. Pero en 1952, Um Nyobè logró participar en el Consejo tras una larga batalla con París por el visado, que obtuvo gracias al apoyo de Jean-Paul Sartre. Allí defendió la independencia ante la oposición de enviados cameruneses elegidos por París como el príncipe Douala Manga Bell. En 1952 y 1953, la ONU adoptó algunas resoluciones para presionar a Francia a conceder la autonomía al Camerún. No fueron respetadas, pero aceleraron la búsqueda por parte de las autoridades coloniales de relevos locales fiables. Como las alternativas profrancesas a la UPC no eran creíbles, había que destruir primero al movimiento nacionalista.

Para ello las autoridades francesas recurrieron al acoso judicial, a registros policiales y a la dispersión forzosa de los líderes de la UPC por otras zonas del país, antes de disolver la organización en julio de 1955. En la segunda parte de *Kamerun!* se documenta la represión subsiguiente. Se arrestó a cientos de cuadros de la UPC, se golpeó y torturó a muchos, mientras la cúpula pasaba a la clandestinidad. Um Nyobè aún tenía sus esperanzas puestas en una solución política, mientras que el ala más radical, incluso Félix Moumié, miembro de una familia aristocrática de Bamoun, estaba convencida de que la única forma de liberar el país pasaba por un conflicto armado similar al de Argelia o el de Vietnam. Los franceses habían sido derrotados en Dien Bien Phu en mayo de 1954, y el FLN lanzó su ofensiva por la independencia ese mes de noviembre. A finales de 1956, París organizó elecciones en Camerún para crear una nueva Asamblea Territorial, pensada, en palabras de los autores de *Kamerun!*, «para “legitimar” mediante el sufragio universal la exclusión de la UPC de la escena política».

Le Monde se sintió «aliviado» al comprobar que los «nacionalistas moderados» obtenían la mayoría en una asamblea de la que se había desterrado a la única fuerza política que gozaba del apoyo popular.

Por aquel entonces, el Alto Comisionado Pierre Messmer desencadenó una brutal represión contra los miembros de la UPC con la ayuda de los paramilitares, la policía y las milicias locales leales. Primero se centró en la región de Sanaga-Maritime, entre Douala y Yaundé. Miles de cameruneses, entre ellos algunos líderes de la UPC, huyeron por las fronteras occidentales a territorio británico. Durante algunos meses se pudo organizar la resistencia desde una base en la región de Bamileké, unos ciento sesenta kilómetros al norte de Douala. Los franceses acusaron a los británicos de dejadez, e incluso connivencia, con los «elementos subversivos» y presionaron mucho a Londres para que reforzara los controles fronterizos y arrestara a los miembros de la UPC. Se mandaron escuadrones de la muerte franceses al otro lado de la frontera para acabar con *upécistes* acampados en Kumba o Bamenda. A principios de 1957 los británicos cedieron, realizaron algunas incursiones en los campamentos de la UPC y, en junio, prohibieron oficialmente el partido. Se expulsó a sus miembros, que se exiliaron a Sudán, al Egipto de Nasser y, más tarde, a la Ghana de Nkrumah o a Guinea.

Por entonces los nacionalistas habían creado una constelación de guerrillas con cientos de comités locales. Hombres, mujeres y niños pertenecían al *maquis*, profundamente entreverado en las estructuras sociales camerunesas. A finales de 1957, Messmer ordenó la creación de la «Zona de Pacificación de Sanaga-Maritime» (ZOPAC) y la suspensión allí, durante un año, de la legislación colonial vigente, supuestamente para enfrentarse a unos adversarios que, en muchos casos, sólo estaban armados con machetes y porras, e implantando así la «Doctrina de la guerra revolucionaria» (DGR) formulada por el ejército francés tras su derrota en Indochina. Deltombe, Domergue y Tatsitsa dedican muchas páginas a su elaboración y a las carreras de sus principales defensores, muchos de los cuales aplicaban métodos aprendidos en Argelia y Vietnam. (Por ejemplo, Daniel Doustin, jefe de la administración civil de Sanaga-Maritime, había combatido en Indochina y después se convertiría en gobernador del Chad y responsable de la Dirección de la Supervisión del Territorio, o sea los servicios secretos franceses.)

La doctrina estaba pensada para extirpar a los elementos «subversivos» de la población, tanto física como psicológicamente. Los habitantes de la ZOPAC fueron expulsados de sus pueblos, destruyeron sus casas y cosechas y los llevaron a campos de concentración. El uso de castigos colectivos y las ejecuciones sumarísimas se convirtieron en algo cotidiano, las «desapariciones» se multiplicaban mientras se torturaba a los presos o sus familias para sacarles información. Los cuerpos mutilados se exponían públicamente; se solía dejar las cabezas cortadas en los cruces para intimidar a la población. La administración civil de la zona de combate se militarizó *de facto* y el ejército emprendió «operaciones psicológicas», como campa-

ñas de propaganda en las que se comparaba a la UPC con la mosca tsé tsé. También se proyectaban películas y se organizaban ferias y bailes. La Iglesia católica colaboró eficazmente lanzando su propia cruzada anticomunista contra la UPC. Las autoridades también obligaron a cada pueblo a crear «milicias de autodefensa», forzándoles a colaborar con el ejército colonial para acabar con el *maquis*. Por fin la presión empezó a surtir efecto: el 13 de septiembre de 1958, el ejército francés logró encontrar a Um Nyobè cerca de Boumnyebel, su lugar de nacimiento. Le dispararon por la espalda mientras huía, desarmado, por la selva. Los *upécistes* llevaban diarios de sus sueños; en palabras de los autores, una forma de «afrontar el miedo y mantener bajo control al “mundo de la noche” y la imaginación». En uno de sus últimos sueños, Um se vio a sí mismo blandiendo un machete en un campo de *macabo* azotado por la tormenta mientras gritaba: «¡Ni Francia ni país alguno podrá con el Camerún!». Su cadáver se expuso públicamente, fue fotografiado y posteriormente enterrado en secreto en hormigón. Las autoridades francesas estaban exultantes: habían ganado la guerra.

Al desaparecer Um Nyobè de la escena, Francia pudo colocar a sus marionetas preferidas en el lugar justo. En mayo de 1957, París había nombrado un gobierno camerunés elegido de entre los miembros de la Asamblea Territorial fraudulentamente elegida a finales de 1956. En febrero de 1958, el primer ministro, André-Marie Mbida, fue reemplazado por su ministro del Interior, Ahmadou Ahidjo. *Kamerun!* menciona al antiguo administrador colonial Guy Georgy, que recordaba con orgullo cómo había reclutado a Ahidjo (que por entonces trabajaba en el servicio postal) sacándole de la sombra a los veintitrés años, tras rellenar urnas en 1947 para meterle en la Asamblea Territorial. Era del norte y estaba casado con la hija de un *lami-do* [emir], de manera que obtuvo la bendición de la aristocracia musulmana de su región, a la par que hacía gestos de amistad a los jefes tribales del sur y a las iglesias. Era el candidato ideal para el tipo de transición que París estaba organizando en el Camerún, el tema del último tercio del libro.

En octubre de 1958 el Alto Comisionado anunció que el territorio obtendría su independencia el 1 de enero de 1960. Pero antes tenía que obtener la aprobación de la ONU a un plan que contemplaba el traspaso de soberanía sin la celebración de elecciones previas. Una última misión de la ONU, que inspeccionó el país escoltada por los militares, concluyó que la UPC había «prácticamente desaparecido» y que no era necesaria una consulta democrática. En marzo de 1959 el Consejo de Administración Fiduciaria confirmó que Ahidjo y el Parlamento podían seguir desempeñando sus funciones. El 1 de enero de 1960, Ahidjo se convirtió en presidente del segundo país francófono en obtener su independencia (tras Guinea). A su investidura asistieron dignatarios de la ONU, los Estados Unidos, la Unión Soviética, el Reino Unido y otros países africanos francófonos. El único que se hizo eco del llamamiento de la UPC a boicotear el acto fue Nkrumah. Según los autores de *Kamerun!* el discurso que Ahidjo pronunció aquel día lo había escrito un francés, al igual que la nueva Constitución, una copia de la Carta Magna de la Quinta República francesa pero aún más acusadamente

presidencialista. Sometida a referéndum en febrero, la Constitución fue aprobada gracias al fraude más descarado: aunque la opción del «no» obtuvo el 95 por 100 de los votos en Douala y el 90 por 100 de los votos en Yaundé, se registró un 80 por 100 de votos a favor del «sí» en la región de Bamileké, cuyos pueblos estaban siendo bombardeados por entonces por las Fuerzas Aéreas francesas. Ahidjo estableció su residencia en el palacio del antiguo Alto Comisionado y los funcionarios franceses pasaron de ser administradores coloniales a ser «consejeros técnicos», con autoridad *de facto* sobre los ministros ante los que supuestamente respondían. Las nuevas fuerzas amadas del país constaban casi exclusivamente de franceses.

Deltombe, Domergue y Tatsitsa hacen hincapié en el significado de la vía hacia la pseudoindependencia impuesta al Camerún:

Por primera vez Francia guiaba a un país subsahariano a una independencia cuyo perfil había esbozado ella misma. Fue un precedente de lo que iba ocurrir en los meses y años siguientes: el acceso a la independencia formal de todos los territorios franceses de África de la mano de líderes dóciles que mantendrían una situación de dependencia asimétrica y clientelar.

A lo largo de 1960, el resto del África francófona siguió los pasos de Camerún. Togo en abril, Madagascar en junio, en agosto Dahomey, Níger, el Alto Volta, Costa de Marfil, Chad, la República Centroafricana, Congo-Brazzaville, Gabón y Senegal; Mali y Mauritania en noviembre. En la mayoría de los casos, Francia logró imponer una estructura política «nativa» acomodaticia. Derrocaron a los regímenes incómodos. Por ejemplo, Sylvanus Olympio, de Togo, que se había negado a firmar acuerdos de «cooperación» con Francia, fue depuesto y asesinado en 1963. París intervino en 1964 en un Gabón rico en petróleo para devolver el poder al derrocado Leon M'Ba. Posteriormente apoyaría golpes de estado en Burkina Faso, Congo-Brazzaville, Chad y Mauritania, entre otros. En París, los asuntos africanos se sustrajeron a las competencias del Quai d'Orsay (de nuevo el Camerún fue pionero en esto) para ser sometidos al control directo de hombres del presidente como Jacques Foccart y, más tarde, Jean-Cristophe Mitterrand.

El acceso al poder de Ahidjo no puso fin a la guerra. Al revés, uno de sus primeros actos consistió en «invitar» al ejército francés a ayudarle a aumentar la presión ejercida contra los nacionalistas. París envió miles de soldados y arrojó bombas incendiarias en los pueblos sospechosos de dar refugio a las guerrillas. Las tropas francesas tenían órdenes de enarbolar la bandera del Camerún, en vez de la tricolor, cuando tomaban una ciudad. En el primer año tras la independencia, el conflicto se intensificó hasta el punto de que el oficial francés al mando calculó la pérdida de 20.000 civiles sólo en la región de Bamileké. Según un testigo citado en el libro, «había demasiados cadáveres como para enterrarlos». Ahidjo consolidó su gobierno en este escenario. Tras un referéndum celebrado en febrero de 1961, la parte sur del Camerún británico optó por integrarse en el Camerún francés; las regiones del norte, en cambio, decidieron unirse a Nigeria.

Un año después se fundaba la República Federal del Camerún. El nuevo Estado requería de una nueva Constitución, que se adoptó sin consulta o referéndum previo en octubre. No recogía las libertades individuales que figuraban en la Constitución de 1960.

En la cuarta y última sección de *Kamerun!* se ofrece un retrato detallado del régimen de Ahidjo, y se analiza cómo «los métodos utilizados para hacer la guerra a la UPC pasaron a ser una forma de gobierno». Los autores hablan de un «neocolonialismo militarizado y antisubversivo», en el que la tortura y la intimidación eran sistemáticas y en el que los programas de desarrollo se postergaban en aras de la «pacificación» mucho tiempo después del fin de la rebelión nacionalista. Deltombe, Domergue y Tatsitsa también narran la muerte lenta de la UPC, tras muchas batallas, asesinatos y escisiones internas. Félix Moumié, enviado de Nyobè que había viajado a Ginebra para denunciar la escalada de represión, fue envenenado con talio por los servicios secretos franceses en noviembre de 1960. Ernest Ouandié, otro miembro destacado de la UPC, se hizo con el liderazgo y regresó de incógnito al Camerún para reorganizar un *maquis* desencantado y mantenerlo en la lucha una década más. Los combatientes nacionalistas prácticamente carecían de ayuda exterior. A excepción del FLN argelino, que entrenó a algunos de sus cuadros, Ghana era el único país que los ayudaba regularmente. El aislamiento de la UPC es un tema recurrente en el libro. En gran medida se debió a la casi total falta de cobertura del conflicto del Camerún por parte de la prensa francesa del *establishment*. Pero tampoco es que la izquierda francesa estuviera muy comprometida con la causa nacionalista, como bien señalara amargamente Mongo Beti en su *Main basse sur le Cameroun*. Resulta sorprendente en comparación con el interés despertado por el FLN, el Viet Minh o incluso ciertas luchas armadas que se libraban en América Latina. Aunque su solapamiento con la Guerra de Argelia (que polarizó enormemente a la opinión pública francesa) lo explica en parte, y aunque hubo excepciones notables (Sartre y Fanon escribieron sobre el Camerún en *Les temps modernes* y apoyaron a los líderes de la UPC en varios momentos críticos), en general, tanto la izquierda como todos los demás guardaron un ominoso silencio. La historia de la independencia del Camerún también demuestra que hubo traición por parte de la ONU. Una misión de observadores tras otra, cuidadosamente apartadas del pueblo y las áreas donde tenía lugar la lucha, dieron su visto bueno a la versión colonial de los hechos, a pesar de las numerosas misivas que la UPC envió a Nueva York describiendo la ilegalidad de las acciones francesas.

Tras el derrocamiento de Nkrumah en 1966, la UPC perdió a su único aliado de confianza. Mientras, los *upécistes* en el exilio se habían escindido en una facción prochina y otra prosoviética. Cada una de ellas se proclamaba la única representante legítima del movimiento, lo que acabó con la poca solidaridad internacional que le quedaba. Ni siquiera les invitaron a la Conferencia Tricontinental celebrada en La Habana en 1966. En Camerún, el círculo empezaba a estrecharse en torno a los combatientes de

la UPC que quedaban y, en 1970, capturaron a Ouandié junto a muchos de sus camaradas. Tras un juicio sumarísimo, en el que Ouandié se negó a proferir palabra, fueron ejecutados el 15 de enero de 1971. En París se brindó con champán. Tres semanas después, el presidente Pompidou visitó Yaundé con su poderoso asesor para África, Jacques Foccart, y la prensa francesa se deshizo en elogios sobre la «democracia» camerunesa y la popularidad de su líder. Ahidjo había sido reelegido presidente dos veces con el 100 por 100 de los votos, en 1965 y en 1970. Su partido, la Unión Nacional del Camerún, es el único partido legal desde 1966. En 1972, se abolió la estructura federal del país y se creó un Estado unitario a cuyo frente permanecería Ahidjo una década más gracias a dos nuevos triunfos electorales, sin oposición, en 1975 y 1980. Aunque la UPC no llegó a desaparecer del todo, luchó por adaptarse y renovarse en el seno de la dura realidad del gobierno de Ahidjo.

¿Cuántas personas murieron a lo largo de esta guerra secreta librada por Francia en el Camerún? Los autores del libro ofrecen una lista confeccionada a partir de diversas fuentes en las que aparecen cifras diferentes. En 1964, la embajada británica cifró las muertes de la década anterior en 76.000. En octubre de 1962, en uno de los raros relatos sobre el conflicto escuchado en una conferencia en París, el periodista de *Le Monde*, André Blanchet, elevó la cifra a 120.000, basándose en el testimonio de un oficial camerunés del entorno de Ahidjo. Pero estas cifras no incluyen a las miles de víctimas de las décadas de 1960 y 1970, cuando el régimen de Ahidjo, «que había sistematizado la guerra iniciada por los franceses, recurrió a diversas prácticas criminales (internamiento en campos, torturas, desapariciones, ejecuciones públicas con juicio o sin él) que nunca se han investigado seriamente desde el punto de vista estadístico». La falta de datos fiables habla por sí sola del olvido en el que cayó la guerra secreta del Camerún.

Kamerun! no es sólo el resultado de una tarea de investigación extraordinaria sobre la tragedia camerunesa, también es una obra importante sobre los mecanismos reales de la descolonización. Ofrece nuevas perspectivas sobre la lucha por la independencia en el África francófona, sacando a relucir vínculos poco conocidos entre movimientos e individuos (Argelia y Camerún, por ejemplo, o Fanon y Moumié) y abriendo nuevas líneas de investigación para los lectores. Es más, *Kamerun!* ofrece el retrato más detallado disponible sobre los orígenes y la formación de *Françafrique*. Como muy bien señalan Deltombe y sus coautores, para la mayoría de los cameruneses «Francia sigue siendo omnipresente, tanto en su historia como en su vida cotidiana». Saben que, «en los últimos cincuenta años, el ejército francés ha mantenido en el poder, primero a Ahmadou Ahidjo y luego a Paul Biya» y que los intereses franceses siguen lastrando la economía del país. El libro concluye con la afirmación de que, mientras se siga negando el papel desempeñado por los franceses en la determinación de su destino, «los fantasmas de la guerra del Camerún seguirán atormentando al presente».